

PAUL THURIN

El libro de Joan

Traducido del francés por M.^a Dolores Torres París



El ángel me mira.

No importa dónde esté, él me sigue con la mirada. Es un ángel hermoso, lo reconozco, tan grácil, tan sereno. Parece como si durmiese con los ojos abiertos. Debería sentirme halagada de que me observen así, pero a veces me gustaría que me olvidase. Al fin y al cabo, yo elegí la soledad; aquí somos docenas las que la hemos elegido, y lo hemos hecho para huir de las miradas. Hay algo más que me incomoda. Le falta una oreja desde que un pedazo del techo, desconchado por la humedad, se desprendió llevándose un poquito del rostro. Eso no le resta nada a su gracia, por supuesto. La oreja mutilada se mantiene oculta en las sombras, por lo que nadie lo nota. Pero yo, aunque no la vea, la presiento, y eso me basta para imaginármela. Esa deformidad me perturba.

Hace algún tiempo, la abadesa mandó venir a un escultor. El maestro miró al ángel como si fuese un simple ladrillo y luego sacudió lentamente la cabezota para decir que no. Se marchó sin pronunciar palabra. Además de cabezón, aquel hombre tenía las manos grandes. La aba-

desa parecía contrariada; ella también sacudió lentamente la cabeza, una cabeza estrecha y arrugada, ceñida por el velo. Una boca fruncida, que siempre parece estar a punto de decir que no. Desde aquel día, no se volvió a hablar de la reparación del ángel. Después de todo, quizá esté en manos de Dios hacerlo. ¿Son los ángeles esculpidos asunto del Señor? ¿Se ocupa Dios de las orejas de piedra? ¿Es Él quien se encarga del mantenimiento de su Creación?

A todas estas preguntas, la abadesa respondería que sí, con esa boca que siempre parece decir que no. Joan, en cambio, respondería que no, con esa boca que siempre parece decir que sí. Pero la abadesa es la abadesa, mientras que Joan... Bueno, Joan recibió del Señor la peligrosa misión de ser Joan.



Joan se halla a una toesa de mí, cantando. Somos varias decenas las que entonamos el Cántico de Simeón, *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, en el último oficio del día. Cuarenta voces de mujeres elevándose hacia la bóveda de nuestra iglesia, tan alta que, cuando las voces callan, su eco persiste durante un minuto entero. Parece girar suavemente en el techo, entre las nervaduras de los arcos, antes de desvanecerse como una nube.

*Nunc dimittis servum tuum, Domine,
secundum verbum tuum in pace...*

[Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo
se vaya en paz como prometiste...].

Cuarenta voces de mujeres de todas las edades, algunas finas y penetrantes, otras bajas y veladas, otras ruidosas. Está también la de la vieja Winifred, que me recuerda el sonido de un cepillo frotando la piedra. En medio de estas voces distingo claramente la de Joan. Nunca se pierde entre las otras treinta y nueve. No es más fuerte, como la de Lavinia, ni más aguda, pero destaca. Es la voz en la que se apoyan todas las demás. Incluso Mary, que no canta, se apoya en ella.

*Quia viderunt oculi mei salutare tuum,
quod parasti ante faciem omnium populorum...*
[Porque mis ojos han visto tu salvación,
que dispusiste ante todos los pueblos...].

Todas las monjas se apoyan en ella, todas aceptan seguirla con confianza hasta la última nota. El final del cántico marcará el final del día y será la promesa de una breve noche de descanso. Cantamos despreocupadamente hasta que Joan se calla de repente. Las hermanas continúan un instante por inercia; luego, una segunda voz se calla, después otras y, con ellas, dos más, la mía y la de Lavinia. Y se hace el silencio. O se haría, si la abadesa, a pesar de todo, no siguiera cantando sola. Con los ojos cerrados, insiste:

*Lumen ad revelationem gentium
et gloriam plebis tuae Israel.*
[Luz para iluminar a los gentiles
y gloria de tu pueblo Israel].

Incluso cuando pronuncia *gloriam*, su boca parece articular una especie de *no* irrefutable. Finalmente, la abadesa se calla. Nuestras cuarenta voces flotan durante un minuto bajo la nave antes de desvanecerse. Todas las miradas se vuelven hacia Joan, incluso la de la abadesa. La mayoría son inquisitivas; algunas, inquietas. Solo la de la abadesa es airada.

—¿Y ahora qué pasa, Joan? No se interrumpe un oficio. Continudad... *Nunc dimittis servum tuum, Domine*. ¡Vamos, vamos!

Joan tiene los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia la izquierda. Presta atención, pero nadie sabe a qué.

—Escuchad.

En un movimiento cómico, todas las hermanas inclinan la cabeza hacia la izquierda, como cuarenta pájaros. Todas cierran los ojos, todas aguzan el oído para intentar percibir aquello que únicamente Joan es capaz de oír.

—Escuchad...

La abadesa no ha cerrado los ojos ni inclinado la cabeza. Da una palmada, cuyo eco asciende hasta la bóveda, y gira unos segundos como una corneja asustada antes de huir.

—Joan, ¡basta ya!, perturbáis el oficio. ¿Qué habéis oído esta vez? ¿Un gavilán, como el otro día? ¿Una lavandera, como la semana pasada? ¿O el bramido del ciervo?

Joan abre los ojos. Su mirada se posa en Winifred, luego en Mary, después en mí, y por último en la segunda Mary. Parece como si acabase de despertar e intentase reconocer el mundo en el que ha caído. Finalmente, se vuelve hacia la madre abadesa.

—Una tormenta.

—No digáis tonterías, Joan. No hay tormenta ni nada que se le parezca. El cielo ha estado despejado todo el día, y el viento del norte...

—Una tormenta, granizo. Vamos a perder el fruto.

—No es momento de recitar el Apocalipsis. Ni siquiera escucho truenos.

—Tenemos una hora para salvar los ciruelos.

Dicho esto, Joan alza ligeramente los faldones de su hábito y se dispone a abandonar la iglesia a la carrera. Su movimiento es tan rápido y decidido que la mitad de las hermanas se pone en marcha para seguirla.

—¡Joan! ¡Os lo prohíbo! Volved a vuestro sitio. ¡Eleanor, Mary, Helisende!

Esta vez, la autoridad de la abadesa se impone al impulso de Joan. Eleanor, Mary y Helisende regresan a sus sitios. Helisende, ese es mi nombre. También era el de mi abuela. A una señal de la abadesa, entono con las demás:

*Nunc dimittis servum tuum, Domine,
secundum verbum tuum in pace...*

Una hora más tarde, estalla la tormenta; en pocos minutos, se pierde toda la cosecha de ciruelas.

El año pasado, el séptimo u octavo del reinado de Eduardo II, Joan predijo las lluvias torrenciales que habrían de pudrir las cosechas y encarecer el precio del grano. Alguien le preguntó si lo había leído en los Evangelios o en las páginas de Isaías. Joan respondió que había escuchado el viento y había observado las copas de los álamos y el caudal de los arroyos. Había advertido el color de la hierba, el olor particular de la tierra al removerla y el de los muros de la abadía.

Tres años antes de aquellas lluvias torrenciales, yo ingresé en la abadía, recibí el velo sagrado y una de las hermanas, con gesto solemne, me cortó el cabello. La abadesa me acogió con calidez. Digamos que lo hizo con toda la calidez de la que entonces era capaz. Me sonrió, y la sonrisa le deformó levemente la línea de la boca, como si entrase en contradicción con sus costumbres. Yo sabía lo que significaba aquella alegría. Lo sabía porque me lo habían enseñado. Aquella alegría significaba la dicha de incorporar una oveja más a su arca. Significaba el extraño placer de consagrar su vida al silencio, al trabajo, a la

oración, a la soledad y a la castidad. A veces, incluso, al sufrimiento. En resumen, la abadesa se alegraba de hacerme partícipe de su destino.

Como me llamo Helisende de Wigmore y pertenezco a una de las ramas menos pobres de la familia de Wigmore, fui recibida con los brazos abiertos. Conviene que en algún lugar del inmenso libro de Dios sea dicho que mi pertenencia a la pequeña nobleza de Herefordshire me otorga el derecho de consagrar mi vida a la lectura de los Evangelios. Otras muchachas de mi edad, nacidas con menos fortuna, también se encuentran aquí, en la abadía. No visten el hábito de las monjas, sino el delantal de las sirvientas.

Cuando llegué aquí, Joan ya formaba parte de las religiosas desde hacía años. Su cabello había tenido tiempo de volver a crecer. Junto con el nombre de la abadesa y el de Jesucristo, el de Joan era el más pronunciado entre las hermanas. Sin embargo, me llevó varios días ponerle un rostro a ese nombre. Joan era invisible, permanecía recluida en una celda, una de las últimas del ala este, junto al gran roble. Algunas decían que ella estaba enferma. Otras, que cumplía penitencia. Comprendí entonces que la abadesa había ordenado su aislamiento después de imponerle el látigo. Ignoro cuál fue el pecado cometido.

Una noche, durante el oficio, Joan hizo su aparición. Juro que no la vi llegar. No se encontraba entre nosotras y, de repente, allí estaba, de pie, entre Rose y Winifred, en el grupo de hermanas alineadas a la derecha de la abadesa. Yo formaba parte, como aún hoy, del grupo de hermanas a la izquierda de la abadesa, de modo que Joan me

quedaba justo enfrente. La observé largo rato, intentando discernir en sus rasgos o en su porte lo que podía justificar aquella admiración teñida de incredulidad con la que las hermanas pronunciaban su nombre. Admito que encontré su rostro bello y gracioso, pero simple. Podría ser el rostro de un icono. Podría haber sido el de una verdulera o el de una princesa del linaje Plantagenet. Su tez era pálida, como la de una monja que nunca trabaja en el campo. Su respiración, agitada. Estaba tratando de adivinar el color de los cabellos bajo el velo cuando me di cuenta de que había dejado de cantar hacía varios minutos. Y también de que, durante todo ese tiempo, mientras yo intentaba desentrañar su naturaleza, Joan me había estado mirando fijamente. Me sonrojé, por supuesto, y bajé la cabeza. Me uní a mis hermanas en oración lo mejor que pude. Más tarde, cuando me atreví a posar de nuevo los ojos en Joan, comprobé que seguía mirándome sonriente.

Ahora suelo pensar que ella y el ángel de piedra pertenecen a la misma familia. Sin duda, son hermano y hermana. Comparten esa misma forma de mirar sin parpadear.



La vida de una abadía benedictina está hecha de repetición, silencio y trabajo. Las monjas parecen obligadas a vivir en una mezcla de esperanza y resignación. Tienen puesta la esperanza en la salvación eterna, pero se resignan a la existencia terrenal. Nuestros días y nuestras noches están marcados por los oficios, desde maitines hasta completas. A veces nos imaginamos que la vida cotidiana

na de las religiosas está llena de aburrimiento cuando, de hecho, la regla nos obliga a multiplicar las tareas. Pasamos constantemente de la oración al huerto, y del huerto a la oración. Incluso cuando las hermanas se consagran a la meditación, permanecen atentas a la campana que las llama al orden.

Nuestra iglesia se alza al oeste de la abadía. Cada tarde se beneficia de la luz del ocaso: cuando el tiempo no está nublado, un bellissimo fulgor atraviesa las tres ojivas y juega con los pilares de enfrente. Pero los días en Yorkshire suelen estar nublados, especialmente en los últimos años. Desde mi llegada, solo en contadas ocasiones he podido presenciar ese juego de luces. Una tarde, al final del verano, vi el resplandor del crepúsculo, rojo y trémulo, animando las piedras como si cobraran vida. Las hermanas se reúnen aquí para cada servicio, incluso por la noche. Para ir de los dormitorios a la nave de la iglesia, no queda más remedio que atravesar el claustro. En pleno invierno, el frío glacial corta nuestro sueño en dos, como una cuchilla. Si la iglesia es el centro de nuestra vida monástica, el claustro es el corazón de la abadía, donde las hermanas meditan en silencio y las novicias reciben su enseñanza. Cada mañana, un cierto número de monjas se reúne en la sala capitular para discutir los trabajos del día bajo la mirada de la madre abadesa y la dirección de la priora. O de Winifred, la mayor entre nosotras. Todas sin excepción la obedecen casi instintivamente, sin cuestionar su autoridad.

La abadía dispone de una vasta cocina, una enfermería, los alojamientos del servicio, el dormitorio de las novicias, el de las monjas, las celdas dispuestas a lo largo de

dos alas, una sacristía, un calefactorio donde se encuentra el fuego comunitario y donde las hermanas pueden reunirse en lo más crudo del invierno. Y alrededor, las tierras del señorío, donadas a nuestra comunidad hace mucho tiempo. Jardines, un huerto, con los ciruelos dañados por la tormenta. Unas modestas caballerizas, un establo y un granero, que confieren a esta parte de la abadía el aspecto de un próspero corral. Hay también, por supuesto, una muralla circundante, una puerta de fortificación y una torreta octogonal cuyo uso jamás he logrado desentrañar.

La celda de la abadesa está a unos pasos de la sala capitular. Linda con una estancia que le sirve de locutorio y despacho. Allí se guarda, según dicen las hermanas, una reliquia de altísimo valor, un fragmento de san Cutberto envuelto en una gasa de seda. Una carta relata la peregrinación de los huesos hasta nuestra abadía, lo que es una forma de dar fe de su autenticidad. Algunas hermanas han tenido el privilegio de ver la carta. Muy pocas han sido dignas de contemplar la reliquia. La madre abadesa es muy celosa de sus tesoros. Para ella, sin duda, los celos no figuran entre la lista de pecados.

La abadesa es la guardiana del rigor. Comprueba si el tejido de nuestros hábitos es lo bastante rígido y áspero. Recuerda la exhortación de san Pablo, según la cual las mujeres deben guardar silencio en las asambleas. El tiempo que no dedicamos a la oración, hemos de dedicarlo a las labores propias de las mujeres. La madre abadesa cuenta con las cocineras para que no se nos sirvan manjares demasiado sabrosos —basta con que sean nutritivos—. El clima austero del país, las lluvias que pudren el grano y

En las cocinas no solo encontramos candelas de tres pulgadas. Hay frutas, confituras, sebo, tocino, queso de oveja, pescado ahumado y, algunos días, pescado fresco y anguilas que las mozas de cocina decapitan de un tajo. Allí se almacenan sacos de harina, espelta y alforfón, castañas, habas y guisantes secos en abundancia, que hay que cocer durante mucho tiempo en grandes marmitas. Su cocción sume la cocina en una bruma dulzona. Hay también gran cantidad de hierbas, frescas o secas, borraja, acedera, coles y nabos en salmuera, conservados en barriletes que parecen panzas de gigantes aturcidos por la digestión. Al frente de la cocina está Talbot, la cocinera. Nadie la llama de otra forma, ni en su presencia ni en su ausencia. Es Talbot, a secas, un apellido francés. Antes de conocerla, me la imaginaba opulenta y omnipresente. Lo es, omnipresente, sí, pero pequeña y enjuta, casi enclenque. Talbot ayuna coronada de ristras de salchichas de asno. Y vigila con celo; no se hurta ni una manzana en su cocina. Si Joan distrae de allí cada mañana una vela, es con su venia. Tal vez incluso con su anuencia.

La autoridad de Talbot es incontestable; se impone a las mozas de cocina, pero se extiende más allá de los límites de su territorio para alcanzar al resto del servicio, en otras dependencias del convento. Las muchachas que lavan la ropa, las que limpian el refectorio o las que sirven la mesa y se ocupan de las tareas más humildes acatan las órdenes de la cocinera. Con el tiempo, Joan ha logrado convertir a Talbot en su aliada. Sin embargo, desde el primer día, reinaba una gran desconfianza por ambas partes. Talbot vio en Joan a una mocosa insolente. A diferencia de la abadesa, no confiaba en que los años la aplacasen; intuía que la edad no atenuaría jamás su audacia, sino que tan solo cambiaría su color. Luego, al reconocer en esa audacia un signo de agudeza de espíritu, acabó por adoptar a aquella chiquilla indisciplinada. A Talbot le gusta la docilidad, pero prefiere con mucho la inteligencia.

Talbot nunca ha demostrado afecto hacia Joan. De hecho, me pregunto si es afecto o, más bien, respeto. El caso es que, cuando Joan entra en su cocina, Talbot no dice nada ni interrumpe su trabajo. Si está de espaldas, sigue de espaldas. Las demás muchachas de la cocina ven surgir a Joan como si fuese la aparición de santa Marta. Hace falta ser muy perspicaz para notar que Talbot, sin apartarse de sus fogones, percibe la presencia de Joan. Quedarse quieta es su forma de darle la bienvenida.

La candela de tres pulgadas es el viático que Talbot ofrece cada día a Joan. Pero no es solo eso. A la primera de cambio, interroga a la cocinera sobre las plantas que se acumulan en la cocina, entre los huevos de gallina y las alubias. Sus preguntas son insistentes. Joan las repite hasta

que su curiosidad queda satisfecha. Sin dejar de trabajar, Talbot responde y responde hasta el límite de su paciencia. Antes o después, acaba soltándole:

—Si tanto quieres saber de hierbas, bien podrías darte una vuelta por la enfermería. Allí aprenderás todo sobre la salvia, el hipérico, la pimpinela, el beleño, el eléboro, la ambrosía o la dedalera, todo lo que te dé la gana.

Por supuesto, está la enfermería. Pero Joan sabe, y Talbot también, que fue confiada a la vieja Winifred, la de la voz de cepillo frotando una losa. Tampoco ignora que Winifred no es en absoluto hospitalaria; su enfermería es una celda cerrada, donde solo se admite a una monja cuando su estado lo exige. En la mayoría de las ocasiones, Winifred considera que la dolencia es benigna y devuelve a la hermana a su sufrimiento, a la oración, a la paciencia y a la misericordia de Dios. Solo cuando Dios no logra detener una hemorragia, la vieja Winifred abre su puerta. Entonces deja entrar a la monja, junto con un poco de luz del día. Luego, en la penumbra de su antro, la cuida a su manera.

—Joan, ¿por qué no te das una vuelta por la enfermería? Quizá halles allí lo que buscas. Si es que buscas algo.

—Tú sabes tan bien como yo que allí solo encontraré a Winifred y manchas de humedad. La enfermería no es tu cocina, Talbot, no huele a tocino ahumado ni a las setas de otoño. Winifred huele a ratón muerto y a refajo viejo. No tiene nada que enseñarme. No distingue el perejil del laurel... Y esta de aquí es la hierba de San Juan, ¿no?

Joan señala un ramillete de flores amarillas, algo marchitas.

—Sí. Si aguzas la vista, verás los agujeritos en cada pétalo.

—En efecto, los veo. Pensar que Nuestro Señor se entretuvo agujereando uno a uno con un alfiler...

—No blasfemes.

—No blasfemo. ¿Acaso no creó Dios el mundo en sus menores detalles? A menos que delegara esta tarea en sus ángeles. Ángeles perforadores de pétalos, una tarea que exige una minuciosidad asombrosa. Mira, la luz pasa a su través.

—Joan, no toques mucho esas flores.

—¿Por los agujeros?

—Porque son un veneno. Y no es conveniente que el ganado las coma. Ve a lavarte las manos.

Joan no se ofende por ser comparada con el ganado. Obedece y va a lavarse las manos. Piensa en esa luz que se filtra a través de los minúsculos orificios. Una vez que los atraviesa, ¿la luz se convierte en una madeja de filamentos?



Tras una madura reflexión, Joan renuncia a la hierba de San Juan. Me enteré, por una confidencia de la segunda Mary, que Joan, so pretexto de familiarizarse con una determinada forma de trazar las letras, solicitó a la abadesa permiso para consultar un *Liber conservationis sanitatis senis*, de un tal Guido da Vigevano. Se trata de un libro muy antiguo, que llegó a nuestra abadía por inciertos vericuetos. Ni siquiera la abadesa conoce su procedencia exacta. Lo más probable es que no lo haya abierto nunca, a diferencia de Joan, a la que hemos visto repetidas veces enfras-

El estado de Joan empeora, si es que tal cosa es posible. Cada día creemos que ha alcanzado un grado de postración más allá del cual no queda nada, salvo el cardo de los cementerios. Pero al día siguiente, al despertar, la encontramos aún más demacrada, más pálida si cabe, casi gris. La fiebre y los espasmos de los vómitos parecen ser los últimos signos de vigor. Joan solo se reanima al temblar. Millicent pregunta, con razón:

—¿No estará Joan de verdad a las puertas de la muerte? ¿No será castigada por representar esta comedia?

Todas compartimos ese temor. Resulta admirable la capacidad de Joan para imitar actitudes con semejante aplomo. Pero también hay algo inquietante, peligroso. Eleanor dice incluso, con voz sosegada:

—Hay algo diabólico en ello.

Ha aprendido, como todas nosotras, que el diablo es imitación. Al diablo le place fingir, de ahí que adopte con frecuencia formas seductoras, para perdernos más y mejor.

La única forma de disipar nuestros temores es volver al trabajo. Conforme pasan los días, el maniquí va cobrando

forma bajo las manos de Joan. Al menos, debería hacerlo, aunque es difícil saberlo a ciencia cierta. Como sigue fragmentado, por precaución, solo el último día nos permitirá verlo en su totalidad; ese día, nos felicitaremos o sufriremos una decepción.

Trenzar el mimbre, cardar la lana o manipularla aun sin cardar y todavía húmeda de sebo, amasar la tierra mezclada con agua o la piel de un animal, recoger mechones de pelo muerto para hacer un postizo, dar a la materia inerte la forma de un brazo o una pierna, todo ello nos ocupa toda la jornada, cuando los quehaceres ordinarios nos dejan libres.

Joan, en cambio, se entrega por completo a su tarea, aprovechando su enfermedad para no abandonar ya su celda. Modela un brazo, modela un hombro y un cuello, modela su pecho. No me la imaginaba tan habilidosa: a partir de materiales vulgares es capaz de formar su mano izquierda y, al día siguiente, la derecha. Les da el tono adecuado con tintura de cáscara de nuez. Llegado el momento, esas manos se cruzarán sobre el pecho de la difunta.

Un día que me encontraba a solas en los baños con Lavinia, me preguntó en voz baja:

—¿Qué crees que hará Joan, una vez fuera? ¿Caminar? Pero ¿cuánto tiempo, cuántos días, y adónde va a ir? Está tan débil que no pasará de Bishopthorpe. Alguien la recogerá en una cuneta y la traerá de vuelta al convento.

Solo puedo responderle banalidades sobre la fuerza de Joan, su vigor, sus recursos insospechados. Si ha sido capaz de dominar su enfermedad, también será capaz de dominar su recuperación. No se irá sola, al menos durante las

primeras yardas, y llevará en su zurrón lo necesario para reponerse. Mis palabras parecen tranquilizar a Lavinia. A mí no me consuelan en absoluto.

Con el paso de los días, extremamos nuestras precauciones. El otoño es todavía una estación de labores en el campo; el invierno será menos exigente, pero también menos luminoso, lo que limitará nuestras horas de trabajo. Y Joan quiere escapar antes de que lleguen las primeras heladas. Pese a todas nuestras cautelas, me pregunto si nuestros tejemanejes no han despertado ya la curiosidad de algunas hermanas —Harriet la primera, porque, so capa de misericordia, visita a Joan varias veces al día—. Harriet odiaría a Joan desde lo más hondo del corazón si el odio no fuera pecado. Así que la odia sin confesárselo, y cada día, venciendo su repugnancia, acude a su lecho para asistir a la descomposición de su cuerpo. El olor de la ruda fétida no la incomoda, al menos por ahora.

Cuando no contempla la agonía de Joan, Harriet nos observa, como si hubiese oído campanas acerca de la existencia de una congregación dentro de la congregación. Una noche, cuando regresaba a mi cama, la vi junto a la puerta del dormitorio, con la mano en el picaporte, como si quisiera entrar o acabara de salir. Se justificó azorada:

—Me ha parecido ver un ratón escaparse por aquí.

Y emprendió un trotecillo hasta alejarse de allí. Nuestra abadía tiene muchos defectos, pero no tiene ratones. Con la ayuda de tres gatos, Talbot les da caza sin cuartel.

Una vez sola en mi cama, me devano los sesos para averiguar qué podría haber encontrado Harriet, aunque lo más seguro es que no hubiese tenido tiempo de registrar

creto imposible. Es buena lona, ¿eh?, pero no durará. Lástima... Alguien me ha preguntado que por qué dos féretros. Creo que era la priora. Una mujercita que anda algo escorrada. Le respondí: «por si uno se rompe, ¿no?». Se fue, satisfecha, a abrigarse de la lluvia, sin hacerme más preguntas.

Joan emerge de las sombras. Siarl la observa, impresionado por el debilitamiento de su cuerpo.

—Entonces, ¿a cuál embarco, a ti o a ella?

Señala el maniquí. Está a punto de reírse, pero se contiene.

Con nuestra ayuda, Siarl desliza este dentro del primer ataúd. Por suerte, no se descoyunta; las tablas del féretro ayudarán a mantenerla en su sitio.

—Te toca. Este es para ti, ¿eh?, ¿no es cierto?

Joan se recuesta en su ataúd. Siarl ha dispuesto en él varios chalecos viejos de cabritilla para hacerle el trayecto más llevadero. Joan cruza las manos sobre el pecho, cierra los ojos. De pronto, abrumada por el remordimiento, se incorpora, sale del ataúd y me estrecha entre sus brazos.

—A ti y a las demás, Rose, Lavinia, Millicent, Eleanor, Mary, que Dios os bendiga. Y que os ame, si puede. Si Él no puede, lo haré yo. Y, si me es dado, os bendeciré en su lugar. Adiós.

Vuelve a tenderse entre las tablas de madera, cierra los ojos, cruza las manos. La segunda vez ya resulta más fácil. Siarl deposita la tapa, sin clavarla.

—Y ahora, un último esfuerzo.

Me mira con preocupación.

—Por todos los..., no estarás sola, ¿verdad? ¿Dónde están las demás?

—En el oficio de difuntos. Cantando.

—Deberían estar contigo, ¿no? Habrá que cargar con el ataúd...

—La abadesa lo ha previsto todo. Pedirá a las más fuertes que os ayuden.

—Pero no me refiero a ese ataúd, me refiero a este, al de repuesto. El que lleva a Joan dentro y todos creen que está vacío, ¿no es verdad? Si está vacío, no pesa, ¿eh? Se lleva sin esfuerzo, ¿no? ¿Quién puede ayudarte? ¿Cuáles son las forzudas? Más forzudas que tú, claro.

Lo pienso un instante. Desde luego, no es Millicent, ni Lavinia. ¿Eleanor, quizá? ¿O Rose?

—Pues la una o la otra, qué más da, o mejor las dos, ¿eh? ¡Corre a buscarlas, tráelas por las orejas si hace falta! Yo aguardo aquí. ¡Rápido, ¿eh? Rápido!

Correr rápido es difícil. El aguacero vuelve todo lento y penoso. La humedad cala nuestras almas y nuestros hábitos. Correr vestida con un hábito benedictino no solo es incómodo, sino indecoroso. Y aun así no escatimo esfuerzos; el ruido de mis sandalias resuena bajo las bóvedas. Saber que Joan está encerrada en una caja de madera también me pone nerviosa. Llego sin aliento a la iglesia, donde, por fortuna, casi nadie se fija en mí. El oficio de difuntos prosigue; cuarenta voces se funden en un solo canto. Lo más difícil ahora es acercarme lo suficiente a Eleanor y a Rose para hacerles una seña, y luego partir con ellas con el mismo sigilo. ¿Cómo pasar inadvertida en una comunidad que preconiza la vigilancia de unas sobre otras?

Tardo más de lo que me hubiera gustado, pero con la ayuda de gestos torpes logro llamar la atención de Rose.

Las oscuras murallas de Londres se alzan ante Joan. Y a sus espaldas, ya, varios días de cabalgata a través de un páramo cada vez más boscoso. Desde que dejó de nevar, una vez pasada Sheffield, Joan tuvo tiempo de observar una vegetación que parecía descubrir por primera vez: aula-gas, escaramujos, helechos, robles, congelados desde hacía semanas, que todavía lo estarían durante algunos meses más hasta el próximo deshielo. Cada mañana, el hielo y la escarcha confieren a las extensiones de hierba esa pátina azulada que Joan aprecia particularmente. Aguarda la primavera para descubrir otra faz de estos parajes. Sabe que entonces podrá ver cómo la vida bulle en los arbustos, en los marjales o en los bosques. Pero, de momento, esta visión de un mundo paralizado por el frío la satisface. Es como si alguien hubiera querido ofrecerle, en primer lugar, una imagen detenida en el tiempo.

Los años de vida en el claustro han hecho de Joan una mujer contemplativa y atenta. Es capaz de percibir las ínfimas variaciones del canto de un pájaro. Ha aprendido sola a leer el desplazamiento de las nubes y lo que anuncian.

Adivina la salud de un árbol frutal por el color de sus flores en primavera. Sin embargo, cuando se trata de sobrevivir en el páramo o en los bosques, día tras día, noche tras noche, en pleno invierno, se siente torpe en extremo. En cambio, ve a Fergus moverse como pez en el agua y animarse con viveza a medida que su viaje prosigue. Más de una vez ha llegado a la conclusión de que este hombrucillo incompleto nació, un lejano día, del cruce de una mujer y un gnomo. O de un hombre y una elfa. Entre los duendes aprendió a sobrevivir en la espesura. Fergus parece estar a gusto tanto en las orillas de los arroyos como en los bosques —al principio escasos, pero más numerosos a medida que avanzaban hacia el sur—. En invierno, la vida salvaje no es generosa, pero ese diablillo de Fergus siempre ha sabido encontrar algo tanto para beber como para alimentarse. Eran complementos bienvenidos, a mayores de los víveres que con previsión había cargado en sus sacos: tres grandes hatillos, aparentemente inagotables, de los que sacaba tiras de tasajo, quesos añejos u hojuelas.

El primer día del viaje, Joan se había fijado en un cuartito bulto, además de los fardos atados a los flancos de los caballos. Ese bulto, sin duda valioso, Fergus lo mantenía siempre cerca de él. Mejor dicho, no cerca sino contra él, contra su barriga, como si se calentara con su contacto. A no ser que fuera al revés, y fuese Fergus quien procurase calor al misterioso contenido de su fardo. Su curiosidad era demasiado fuerte y, tras unas cuantas horas de camino, Joan se atreve a preguntárselo.

—Un poco de ambas cosas, madamisela. Yo me caliento, ella me mantiene caliente, nos procuramos un favor mutuo.

—Ya casi estamos, madamisela.

Joan ve alzarse ante ella una casa blanca de considerable altura, con una puerta monumental. Pregunta:

—¿Qué es esto?

—Austin Friars. El convento de los frailes agustinos.

—¿Un convento?

—No te preocupes, no es ahí adonde vamos. Hay mejores cosas que hacer que entrar en un convento, ¿no te parece, madamisela?

Las palabras del homúnculo tranquilizan a Joan. También se pregunta si Fergus dejará algún día de llamarla madamisela.



Un criado conduce al exalguacil Duns hasta la sala principal, una estancia grande y austera, pero considerada lo bastante confortable como para recibir a quienes se presentan sin previo aviso. Duns repara de inmediato en la singular fisonomía del criado. Tiene los hombros estrechos y los ojos muy juntos. Se podría pensar que es bizco, aunque es una ilusión; los ojos miran al frente. El criado parece observar a sus interlocutores con suma atención. Habría sido un excelente juez de paz.

—Nuestro amo Clarence sigue retenido en Irlanda. El mal tiempo... Pero su hijo menor está aquí. John... Iré a buscarlo ahora mismo. Por supuesto, si supiera dónde está, no me llevaría más que un instante. Acomodaos en ese sillón. Os ruego encarecidamente que tengáis la bondad de esperar un momento.

Una hora más tarde, Duns sigue esperando con los ojos cerrados, cuando, de repente, un joven tímido aparece ante él.

—¿En qué puedo ayudaros?

—¿Sois vos John de Leeds?

—Hijo de Clarence de Leeds, en efecto.

—Tal vez podáis ayudarme en mi búsqueda.

—Eso espero, señor. Pero mi padre, Clarence, está actualmente de viaje.

—No busco a vuestro padre.

—¿A mi hermano, entonces? Solo Dios sabe dónde se encuentra. En el continente, creo.

—Tampoco busco a vuestro hermano.

El joven permanece de pie ante Duns. Se apoya alternativamente en un pie y en el otro, como un estudiante durante su examen público.

—Una de mis tías murió ahogada. Fue hace mucho. ¿Venís tal vez por ella?

—Tampoco se trata de vuestra tía.

Duns se pregunta si el joven piensa recitarle toda la genealogía familiar. ¿Cuántos muertos, cuántos desaparecidos en esta familia? No le sorprende ver este vasto señorio prácticamente desierto, ocupado por muchos criados.

—Joven, he sido enviado por una persona de confianza y honor, vinculada a la más respetable nobleza de Yorkshire, para hallar a vuestra prima Joan.

El joven reflexiona un momento.

—¿Joan, decís? Sé dónde podéis encontrarla con toda certeza.

—En tal caso, estoy impaciente por escucharos.

Con el paso de las semanas, Joan va conociendo las opulentas y ornamentadas mansiones londinenses, que pertenecen a las grandes familias. A veces se trata de una casa de ricos comerciantes; a veces, de nobles cuyos nombres ya son en sí mismos ornamento. Cada una de las familias de la aristocracia se aferra a su singularidad. Un Suffolk es un Suffolk; un Richmond es un Richmond. Pero todas gustan de recordar que están unidas por el hilo invisible del parentesco. Cada duque es primo de otro duque. Y así, saltando de rama en rama, podemos remontarnos hasta el rey Eduardo II de Inglaterra. Eduardo de Carnarvon, hijo de Eduardo el Zanquilargo.

Joan recorre las calles, reconoce los grandes portones, sube las escaleras o es conducida a estancias cuyo techo apenas logra vislumbrar. Largas salas, perforadas por altas y estrechas ventanas, insuficientes sin embargo para dejar entrar la pálida luz de Londres, de modo que, para ahuyentar la penumbra, se proveen de un gran número de candelas que diligentes criados se encargan de mantener constantemente encendidas. Cerca de Dowgate, la mansión de los Derby;

junto a Newgate, el gran caserón de la familia Sheffield; en el lado opuesto, hacia Aldgate, el palacete de los Neville. Otra mansión en Lombard Street, donde reside el alcalde, y más lejos, Northumberland Inn, donde se ha establecido la poderosa familia de los Percy. En todos estos lugares, Joan se presenta de forma sutil como la emisaria de la Proveedora, quien le había aconsejado encarecidamente:

—No llames a las cosas por su nombre, sería inapropiado. Será mejor que des un rodeo. Las mujeres que te reciban sabrán entenderte. Y las damas que ya son mis clientas no querrán oír más de la cuenta. Si has de decir una palabra, que no sea la buena.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nunca utilices el término que designa la cosa. Elige mejor un sinónimo. ¿Me entiendes, pichoncita?

Joan sabe bien cómo unas palabras intentan suplantar a otras. Recuerda sus lecturas del Cantar de los Cantares, cuando estaba en el convento. La abadesa le enseñó que «mi amado desliza su mano, y entonces mis entrañas se conmueven» significa en realidad «Dios aparece en el firmamento, y mi alma se desmaya de alegría».

—Ya veo. En vez de decir «poción», digo «néctar». En lugar de «niño», digo «fruto». En vez de «retorno de la regla», digo «buena nueva».

—Sabía que podía contar contigo.

—Y «dedo de Dios» en lugar de «verga del hombre».

El rostro rubicundo de la Proveedora se agita más de lo habitual. Cuando sus mejillas recuperan la calma, añade:

—Lo más difícil para mi pequeño comercio es ser precisa sin pronunciar las palabras. Por ejemplo, cuando hay

que detallar la mercancía. Y, por supuesto, cuando toca hacer cuentas y embolsarse el dinero. ¿Lo recordarás?

Joan asiente. Lo recuerda todo. Sabe exactamente lo que necesita cada clienta: para la casa de Dowgate, centauro menor; para la de Newgate, pulpa de coloquintida...



Las visitas a las grandes damas de Londres son cada vez más frecuentes. Y cuando Joan, bajo el nombre de Rose, es recibida en un salón, permanece allí cada vez más tiempo. Llega un día en que incluso la invitan a sentarse. Es tan inesperado que Joan, desconcertada, se pregunta si no le estarán pidiendo que se siente en el suelo. Pero no, es un escabel lo que le señala la señora de la casa.

Joan comprende enseguida que sus clientas de la aristocracia, cuando se reúnen, hablan a veces entre ellas de Rose, la ayudante de la Proveedora, esa Rose tan humilde, pero tan inteligente; tan formal, pero tan despierta; tan cándida también. Parece ignorarlo todo del contenido de su cesta: alholva, matricaria, cincoenrama, buglosa, madreselva... Algunas damas creen que la inocencia de Rose es la de una novicia educada en el convento, del que aún no ha salido. Son menos las que sospechan que esa inocencia es engañosa, que es como esas cajitas de madera, pintadas con motivos florales, que contienen polvos capaces de devolver a los viejos el vigor perdido. Cajitas que, en apariencia, son también de lo más inocente.

Cuando no debaten sobre la inocencia de Rose, las damas de las grandes familias coinciden en un punto: se

Ha caído la noche y ha escampado. Cada uno dirige sus pasos hacia el lugar de donde ha venido. Los dominicos vuelven a Blackfriars, los franciscanos, a Greyfriars. Los demás regresan a sus parroquias, o a sus conventos, o bien a modestos alojamientos de estudiantes. Joan se acostumbra a su atuendo masculino, se esfuerza en imitar la apariencia de los hombres al caminar por la calle. Da grandes zancadas, como hace Malcolm con su andar decidido, tan alegre y viril. Encuentra que la túnica y el manteo son tan cómodos como la ropa de mujer. En cambio, la espada al costado dificulta su caminar. Por esa razón, un ojo adiestrado podría reconocer en Joan a una mujer, en lugar de a un joven aristócrata acostumbrado a portar armas. Pero una espada también tiene sus ventajas. Mientras avanza sola en la noche, Joan se complace en sentir la guarda de metal, fría, mordiente, tranquilizadora. Se siente invencible.

—A mí, soldados, a mí, asesinos. Y vosotros también, demonios del infierno, venid a por mí. Tengo con qué responderos.

Desenvaina la espada, menos rápido de lo que le hubiera gustado. Luego, con gesto firme, hunde la punta en una tabla de roble.

Al salir del convento de los agustinos, Joan había rechazado la invitación de Malcolm.

—Me voy a casa. Estoy agotada.

—Vaya, qué raro. Eres una criatura incansable.

—Todos esos teólogos, con sus preguntas y sus amonestaciones, me han dejado sin fuerzas.

—Ven a recuperar fuerzas a mi casa. Satirión y jengibre, testículos de perro...

—Son remedios para hombres, amigo mío. Una mujer necesita otra cosa.

—Cualquier otra cosa que necesites, Joan, sabré ofrecértela... Me has parecido admirable frente a todos esos cráneos tonsurados. Oírte hablar de la existencia de Dios me ha hecho pensar de inmediato en las cosas más viles y deliciosas. Me encantaría gozar de tu boca y de tu ciencia a la vez.

Joan ya tiene la mano en la empuñadura de su espada, fría, mordiente y tranquilizadora.

—En otra ocasión, amigo mío, otra noche. Te hablaré de la eternidad según san Agustín. Hablaré y luego, en su momento, me callaré.

Malcolm se inclina.

—Me muero por oír esa lección de teología. ¿Quieres, al menos, recuperar tu ropa?

—Esta noche prefiero quedarme con la tuya. Considéralo un capricho más.

—No es Dios el amo y señor de las posibilidades, eres tú. O mejor dicho, sois vos, mi querido Edwin. Tienes razón, nos vemos mañana. Además, esta noche tengo una cita... No con una dama, con unos caballeros. Caballeros importantes. Buenas noches, querido Edwin.

Malcolm saluda a Joan como habría saludado a un hombre de su condición. Da media vuelta bruscamente y se alejó con paso rápido, haciendo sonar los talones sobre la piedra todavía húmeda. Es ese caminar el que Joan imita ahora. Tiene la impresión de remedar los pasos de su

La noche ha sido breve; apenas ha durado una hora. Malcolm ofreció hospitalidad a su amante. Joan volvió a encontrar el lecho ya familiar, ese lecho tan suave en el que le encanta ver dormir a su amado, en el que también le gusta arrancarlo del sueño a fuerza de besos y de cosquillas.

—Gracias, Malcolm Neville —le dice con tono bur-lón—. Soñaba con que algún día me presentaras al rey y ya está hecho. No me esperaba encontrarlo en tales circunstancias.

—Y yo, preciosa mía, no me esperaba que le sugirieras al rey de Inglaterra salvar la cabeza vistiéndose de mujer... Nunca dejas de sorprenderme.

—Eso es lo mejor que hay en esta vida terrenal, que te sorprendan.

Joan se despoja lentamente de sus ropas de hombre, con gracia, consciente de estar realizando un ritual completamente nuevo. Se desliza desnuda bajo las sábanas.

—Me ha encantado llevar ese traje de hombre. Y sin embargo, qué placer volver a estar desnuda. Déjame dor-

mir un poco. Y al amanecer, si lo deseas, sorpréndeme de alguna manera.

—¿Quieres que me vista de mujer?

—¿Por qué no? Hay que contemplar todas las posibilidades.

Joan pronuncia estas últimas palabras con una voz apenas audible. Malcolm se pregunta si no dormía ya al pronunciarlas y si esas estas llegaban ya desde el reino de los sueños. El joven se desnuda a su vez y se desliza en el lecho. El cuerpo de su amante le parece que arde y tiembla, como poseído por la fiebre. Los temblores disminuyen hasta cesar del todo. Mecido por la respiración profunda de Joan, Malcolm se queda dormido.

Joan es visitada por un sueño. Avanza entre dos filas de hombres y mujeres ricamente ataviados. Al fondo, de pie ante su trono, se yergue el rey de Inglaterra. También viste ropajes majestuosos. Porta las insignias reales, aunque su rostro es el de la abadesa. Joan tiritita de frío, y entonces se da cuenta de que va desnuda. Una mujer se acerca a ella con los brazos cargados de ropa. Tiene un rostro enorme, muy redondo y, en él, unos ojos diminutos y negros como clavos.

—¿Martha? ¿Sois enemiga del rey o su aliada?

Joan coge las prendas, estaban empapadas, semejantes al hábito de una monja salvada de ahogarse.

—Os lo ruego, Martha, ayudadme a vestirme.

Sin hacer un solo gesto, la vieja Martha pronuncia estas palabras:

—«El Señor hará que seas derrotado por tus enemigos. Saldrás contra ellos por un solo camino, pero huirás de

ellos por siete. Serás objeto de horror para todos los reinos de la tierra».

Acto seguido, Joan se despierta, presa de una enorme inquietud. Reconoce perfectamente las palabras pronunciadas en su sueño: son versículos del Deuteronomio.



El amanecer es luminoso y fresco. Joan no necesita un candelabro para ver, pero fuera del lecho la habitación está tan fría que hay que vestirse con rapidez. Recoge sus ropas de mujer, una prenda tras otra, pensando en el sueño de la noche. Gracias a Dios, su ropa interior, sus calzas, su saya y su corpiño, su cofia y su garnacha, sus túnicas, todo está perfectamente seco. El agua del ahogamiento, el agua de su pesadilla, no las ha mojado.

Malcolm sigue durmiendo. Está agitado, emite quejidos ahogados. «Parece un cachorro soñando con cazar», piensa Joan. «Él es Malcolm Neville, hijo de George y de Marigold, amigo y aliado del rey. ¿Y quién soy yo? No soy monja, ni esposa, ni viuda ni doncella. Desde luego, tampoco soy una meretriz. Mi nombre está escrito en alguna parte, pero nadie lo ha leído todavía».

Joan comprueba los botones de sus mangas, aprieta los cordones de su zagalejo. Corrige la forma en que su tocado se ciñe al rostro. Decide no despertar a su amado. Hay que dejar que el joven cachorro termine su cacería.

Deposita un beso en la frente del bello durmiente. ¿Llegará ese beso hasta su sueño? No es la primera vez que se marcha al amanecer sin despertar a Malcolm. En ese mo-

mento, se siente más libre que el rey de Inglaterra perseguido por sus enemigos. Se calza y recorre en silencio el manido camino que lleva al exterior. Conoce la casa de los Neville lo bastante bien como para salir sin ser vista. Ha tenido tiempo suficiente de memorizar qué peldaños de la escalera crujen y cuáles no. Al llegar a la planta baja, se cubre con el manto. Piensa en el Deuteronomio. «Saldrás contra ellos por un solo camino, pero huirás de ellos por siete». ¿Qué podrían designar esos siete caminos?

Cuando abre la puerta que da a la calle, Joan reconoce el rostro de Duns. Está de pie, lejos de ella, como el rey en su sueño. No se mueve, pero la mira fijamente. Alguien dice:

—Es ella.

Joan reconoce la voz de Martha. Al instante, dos hombres la sujetan. Tienen unas manos enormes. Huelen a cerveza y a sudor. Uno de ellos le baja la capucha sobre los ojos. El otro la agarra por las piernas. El resto no es para Joan más que un breve ajeteo ciego.



La abadesa no permaneció mucho tiempo en el antro nauseabundo de la enfermería. La vieja Winifred la examinó a toda prisa, dividida entre el respeto y el asco. Menos de una hora después, las criadas la trasladaban con devoción a sus aposentos.

Allí descansa ahora, con el rostro amarillento y brillante. Está bajo la protección de la reliquia de san Cutberto, envuelta en un velo de seda. Vamos a tener que pensar

que la reliquia ya no es tan eficaz como lo fue en el pasado. O bien que san Cutberto no siente demasiada simpatía por la madre abadesa. Su estado empeora; el color amarillento del rostro inquieta a la priora, que ha acudido a su cabecera. Y cuando la abadesa logra mover los labios, es para pronunciar palabras incoherentes:

—«Velad por vuestras almas, no os corrompáis fabricando ídolos... figuras de hombre o de mujer... Todas sus imágenes talladas serán destrozadas... ¿Para qué sirve una imagen tallada?».

Pronuncia oraciones inconexas que a las monjas, a su lado, les cuesta mucho interpretar. Hablan a la vez de Dios y del diablo, de perdón y de maldición. Cuando una criada le lleva la comida, la abadesa encuentra fuerzas suficientes para rechazarla con violencia.

—No quiero más esos manjares, que me envenenan. Solo quiero beber agua bendita.

Temo por la salud de la abadesa. Eleanor, Millicent y las demás comparten mis temores. Solo queríamos doblegar su orgullo. También queríamos dulcificar su severidad. La abadesa multiplica las penitencias, ordena azotes, ayunos y largos períodos de aislamiento. Pero ahora que parece cerca de la muerte, nos embarga un hondo sentimiento de culpa.

—Tenemos que parar —dice Lavinia—. Pagaremos con el infierno la muerte de una mujer devota de Dios Nuestro Señor.

—La abadesa sigue el mismo régimen que Joan, y Joan no ha muerto —les recuerda Mary.

—La abadesa es una anciana frágil.

—¿Qué ocurre? —pregunta la madre abadesa—. ¿Joan está ahí dentro?

—Sí, en cierto modo.

—¿Qué significa eso?

—Están sus despojos.

—¿Está muerta?

—No —responde la priora, con voz temblorosa—. Todavía no.

Incapaz de contener mi impaciencia, suelto la mano de Rose, que aplasto entre mis dedos con nerviosismo. Empujo sin disculparme a una docena de monjas atónitas y alcanzo por fin la parte trasera de la carreta. Abro de par en par la lona que oculta su carga.

Y la reconozco al instante. Es ella, sin duda.

Una figura hecha de mimbre, paja y cuero trenzado, madera y lana cardada, con la máscara de barro tan fielmente modelada, coronada por una peluca hecha de cabellos verdaderos.



—¿Ves, Joan? Al final fue buena idea no decirte adiós. La Providencia ha dispuesto nuestro reencuentro. ¿Qué rumbo tomamos esta vez, madamisela?

El hombrecillo sostiene las riendas con una sola mano. Con el mentón señala los cuatro puntos cardinales. Se requiere cierta destreza para ello.

—¿Escocia, por ahí? ¿Las tierras de los galeses, por el otro lado? ¿Sussex o el estuario del Humber?

Y luego añade, apuntando con la nariz:

—¿O prefieres volver a Londres? Allí se come un excelente Stilton. Así evitamos desviarnos hasta Stilton para probar el queso.

Fergus da dos toques con los talones para cambiar el paso de su caballo.

—Agárrate bien a mí, madamisela. Si te caes de espaldas, no cuentes conmigo para volver a buscarte.

El buhonero emite su risita habitual.

—Si prefieres ir más lejos todavía, podemos recorrer parte del camino juntos. Así que, dime, madamisela, ¿adónde quieres ir?

Hay tierras habitadas por hombres sin cabeza, regiones pobladas por criaturas con un solo pie. En otros lugares hay animales que se alimentan de viento. Y en otros se ocultan las Amazonas. Hay hombres sin boca, hombres-pájaro y pueblos de inmortales. Existe, en algún rincón del mundo, un reino colmado de riquezas inimaginables, sobre todo para quien recorre al trote los páramos de Yorkshire.

—¿Y por qué no a París? —sugiere Joan.

—¿Con los franceses? ¡Qué ocurrencia!

Fergus trata de imaginar cómo será la ciudad de París. Tras una sesuda reflexión, el hombrecillo concluye:

—Pensándolo bien, ¿por qué no? A lo mejor es allí donde me aguarda mi mujer... El viaje será largo. Cuéntame cómo lograste escapar de aquella carreta.

—¿Sabes lo que dice el diablo en el Libro de Job? «Piel por piel, todo lo que el hombre tiene lo dará por salvar su vida».

—Cierto, madamisela. Y me imagino que una mujer, tres cuartos de lo mismo.

—Entonces, escucha mi historia, Fergus. Merece la pena.